

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 30 DE ENERO DE 1921

NÚM. 19.342

CUENTISTAS  
ESPAÑOLES

## EUTHANASIA

POR AUGUSTO  
M. OLMEDILLA

PARA evacuar asuntos profesionales tuve que ir cierto día al manicomio del doctor Arqués. En busca del pabellón donde las oficinas están instaladas, atravesé el cancel del edificio, sombrío como poterna de fortaleza mediceval, internándome en el parque, primorosamente cuidado por floricultores habilísimos, pero exhalando un aroma de tristeza inenarrable, mayor aún que el que emana de los vergeles con que suelen algunos cementerios aristocráticos disimular sus negruras.

De un macizo de hortensias se destacó un hombre joven, apuesto, de fisonomía inteligente y simpática; dirigióse hacia mí.

—¿Es usted médico, caballero?— preguntó cortésmente.

—No—respondió.

—Lo celebro—repuso—. Detesto a los médicos. Pero sabrá usted griego, de seguro.

La incongruencia de la réplica no dejaba lugar a dudas. Tenía que habérmelas con un orate. Me creí en el caso de llevarle la corriente, asintiendo a todos sus desatinos.

—En efecto; el idioma de Homero me es familiar.

—¡Admirable! Entonces podrá usted decirme lo que significa la palabra *Euthanasia*.

Iba a contestarle cualquier cosa, desoso de suspender la conversación. Para los no avezados al trato con los locos tiene algo de diálogo de ultratumba el que se sostiene con un sér desprovisto de razón, cuerpo sin alma, especie de autómatas vivientes. Pero la palabra en cuestión sonó en mi oído a cosa no ignorada. Yo había leído aquello recientemente. ¡*Euthanasia*! Tal vez en alguna revista o magazine extranjero... ¡*Euthanasia*! Recapacité, intrigadísimo, y, más para satisfacer la propia curiosidad que por contestar a la pregunta del alienado, hice un esfuerzo mnemotécnico para extraer de la oculta caldilla cerebral el recuerdo rebelde. ¡*Euthanasia*!... Por fin...

—Es muy sencillo—dije al loco—. Esa palabra quiere decir buena muerte.

—Es verdad... ¡Buena muerte!... Y, sin embargo, la muerte no puede ser nunca buena... No fué buena la muerte de mi Elisa... ¡Tampoco fué buena la del médico!...

Sus ojos extáticos se perdieron en el vacío. De todo su sér irradiaba un dolor profundo, indescriptible. ¿Qué tragedia ocultaba aquella vida rota? ¿En qué pesar se hundió, ahogándose, aquel cerebro? Quise esquivarle, apesadumbrado; no me dejó. Aterrése a mi brazo y me hizo caminar hasta un manto rústico allí próximo. Y de sus labios exangües brotó la historia de su vesanía.

—Eramos muy felices Elisa y yo... ¿Cómo no serlo, si nos queríamos y aun ignorábamos lo que era *Euthanasia*? Imposible que otros enamorados fuesen más dichosos: Hero y Leandro tenían que luchar con los elementos para ver-

se; Romeo y Julieta batallaban con seculares odios de familia; Francesca y Paolo hubieron de traspasar las fronteras del crimen; en todos ellos, mezcladas con su amor, había migajas de recelo, de pesadumbre, de remordimiento... ¡En nosotros, no! Cariño, y nada más que cariño. El porvenir nos sonreía, el presente nos halagaba. Jóvenes, ricos, enamorados... ¿quién soñó mayor ventura? Frequentábamos la sociedad para exhibir nuestra dicha, no para buscar distracción al hastío, como suele ser lo corriente.

Viajábamos para convencernos de que, aun cambiando de marco, seguía siendo el mismo el cuadro de nuestro amor...

¡Pero aquello tenía que concluir!... Un día, Elisa cayó enferma. ¿Qué mal era el suyo? No he llegado a saberlo todavía. Mal horrible, mal odioso, mal cruelmente profanador, que destruyó en breve plazo su hermosura. ¿Qué fué de sus mórbidos encantos? ¿Qué de los colores que maticaban su faz? ¿Qué de la alegría rebo-sante de sus ojos? Todo desapareció; y hubo flacidez donde había turgencia, y

pálidos jazmines sustituyeron a las rosas, y en miradas de doloroso anhelo se trocaron los relámpagos de regocijo... ¿Qué mal era el suyo? Nadie me lo explicó. Las eminencias de Europa entera se encogieron de hombros ante aquella dolencia implacable que íbamos paseando tristemente por clínicas y balnearios y que seguía siendo la misma en todas partes... ¡como antes era el mismo nuestro amor!...

Y, en tanto, el mal progresaba, y aquel cuerpo, que era mío, retorciase desesperado en los espasmos del sufrir...

Hubo un médico que logró calmar los dolores. ¡Cómo abracé al infame! Unas inyecciones hipodérmicas bastaban. Pronto aprendí a manejar la jeringuilla de Pravahz, y yo mismo hacía la punción en uno de aquellos brazos, antes torneados, entonces esqueléticos... Mágicamente cesaba el dolor: dulce tranquilidad invadía aquel cuerpo transido de congoja; sueño reparador entornaba sus ojos, cuyo círculo violáceo crecía al cerrarse, y yo velaba, a los pies del lecho, sin atreverme a respirar siquiera, temeroso de interrumpir la placidez de su descanso... Al cabo, despartaba, y, medio sumida en somnolencia, volvía a sentir la cruel punzada del mal, y yo tornaba a practicar la inyección bienhechora...

Hasta que una vez Elisa no despertó del sueño producido por mis inyecciones. ¡Había muerto! Quise morir también, desesperado, frenético; enfermé gravemente. Y he aquí que un día, convaleciendo ya de mi dolencia, que fué cruel conmigo no matándome, cayó en mis manos una revista, en la que pude leer con espanto lo siguiente: «Se ha iniciado entre los médicos extranjeros la costumbre de practicar la *Euthanasia*, o sea la buena muerte. Los enfermos crónicos, los incurables, los que sufren grandes dolores que no han de tener alivio, deben morir, y ellos y la humanidad saldrán ganando si se suprimen sus tristes vidas por medio de enérgicas inyecciones mórficas...» ¡Lo comprendí todo en su horrible crudeza! ¡Verdad que fué espantoso, caballero? Hacer que yo, ¡yo mismo!, sirviese de verdugo a Elisa... ¡Pudo soñar el Dante una tortura de crueldad más refinada? Aguardé al médico, que seguía asistiéndome; como tigre hambriento me agazapé detrás de la puerta; y cuando entró, me arrojé a su cuello, gritando: «¡Muere, infame! ¡A ver si es la tuya también buena muerte!...»

Exaltándose conforme avanzaba en su relato, el loco quiso representar el desenlace a lo vivo. Aferido a mi cuello con sus manos movidas, sin duda, por músculos de acero, me derribó. Creí morir ahogado por la feroz crispatura de aquellas garras. Forcejeando para desasirme, grité cuanto pude. El doctor Arqués y un loquero acudían cuando perdí el sentido.

A. MARTINEZ OLMEDILLA

### Un concurso de grabado



IGLESIA DE MASONCOS, EN GALICIA--AGUAFUERTE DE M. CASTRO-GIL

De día en día, por fortuna, aumentan en España las manifestaciones del intenso renacimiento de ciertas formas de arte, de glorioso abolengo, cuya tradición pareció durante mucho tiempo dormida entre nosotros. Cerámica, talla en madera, repujado, grabado, atraen la atención del gran público en Exposiciones y Concursos y florecen espléndidas en un fecundo resurgir.

Recientemente ha celebrado el Círculo de Bellas Artes un interesante certamen de obras de aguafuerte, buril y grabado en hueco, y en ella obtuvo por unanimidad el primer premio el hermoso trabajo que aquí reproducimos de Manuel Castro-gil, que triunfa una vez más en la interpretación sobria, firme y castiza de esos paisajes adustos y fríos, que son como pedazos, hechos piedra, del alma española.

UN LIBRO NUEVO DE EDUARDO ZAMACOIS

\*\*\*\*\*

# LA ALEGRÍA DE ANDAR

\*\*\*\*\*

Eduardo Zamacois, el inquieto y vibrante escritor, ha enriquecido con un nuevo volumen el ya copiosísimo acervo de sus obras. Esta de ahora se titula *La alegría de andar*, y es una selección de los cuadros e impresiones de los viajes por tierra americana de este moderno aventurero que en su insaciable sed espiritual de fuertes emociones y en su indomable tenacidad de hombre de acción llevaba ya la garantía del triunfo al lanzarse a la empresa de difundir y agrandar en aquel continente los ecos de la nueva literatura hispana.

Del sugestivo libro reproducimos uno de los más pintorescos y típicos apuntes. Es el titulado *«La pesca del caimán»*.

ESTÁBAMOS en San Miguel, pequeña ciudad de la República de El Salvador. Al propietario del hotel París, donde yo me hospedaba, le llamaban Luis Stirnemann: era un ingeniero suizo, joven aún, flaco, de ojos azules y con un semblante anguloso prolongado por una barbilla rala y rubia. Usaba cuellos a la marinera, tenía el pescuezo seco y crecido y caminaba a largos pasos. Hablaba poco. Le caracterizaban una notable frialdad de ademanes y un pleno y elegante dominio de sí mismo. Stirnemann salió de Europa contratado por una Compañía, al parecer, fuerte, que acababa de fundarse en San Miguel; pero cuando el ingeniero llegó a su destino la Compañía había quebrado. Entonces, para arbitrar recursos con qué vivir, abrió un hotel. Stirnemann entiende de carpintería, de fotografía, de jardinería, de decoración, de cocina; entiende de todo. A fuer de buen suizo, es un andarín heroico; maneja perfectamente toda clase de armas; es un infatigable cazador; sabe pescar, nadar, montar a caballo; en él se reconoce inmediatamente al hombre que ha vivido en contacto con la Naturaleza.

Luis Stirnemann, después de llevarme a pescar caimanes de día, me invitó a atacarlos de noche; ello ofrecía, según él, serios peligros y, de consiguiente, una tremante emoción.

—Inemos—dijo—al lago de Olomega, y dirigirá la batida D. Emilio González, que posee allí vastas haciendas y es el mejor cazador de caimanes de la región.

Al siguiente día, se unieron a nosotros en la estación del ferrocarril los tres amigos que habían de acompañarnos: el suizo Max Haltmayer, notable tirador también, gran comedor, gran bebedor y gran sensual, obeso, rojo y alegre, como una figura del retablo de Rabelais; el periodista Salvador Guerrero, y un turco llamado Julio Lahud; caravana babilónica sobre la que podían ondear las banderas de cuatro patrias distintas. Estas agrupaciones cosmopolitas son muy frecuentes en América, país de aventuras.

El tren corría entre un bosque torturado por las llamas de la sequía y del sol; las hierbas palidecían sobre la tierra ardiente y polvorosa; en las ramas el follaje desjugado amarilleaba; los árboles tenían, bajo el tórrido afeitado celeste, un gesto de sed.

En poco más de una hora quedaron atrás las estaciones de Miraflores, San Antonio y El Carmen, cuyos nombres españoles trajeron a nuestra memoria visiones de Castilla, y a las cuatro de la tarde echamos pie a tierra en Olomega. Ante nosotros el lago terso, dormido, fulgurando al sol como una armadura, ex-

tiende su cristal inmenso, cristal sin contornos, que parece diluirse allá, muy lejos, en una evaporación dorada, medio verde, medio azul. A lo largo de las orillas planas, tan humildes que apenas descuellan del agua, los juncos erigen la muchedumbre de su bayonetas de esmeralda. Descansa el viento; la luz abrasa; en la superficie del lago no hay ningún temblor.

La tarde la pasamos cazando patos; nuestra embarcación resbalaba suavemente, dócil al empuje parsimonioso de los remos. Apenas hablábamos. Los ojos perspicaces de los tiradores registraban el espacio mientras los rifles descansaban sobre las rodillas. A intervalos, un disparo, y un pato que huye volando y luego se desploma desde lo azul en una línea vertical; el agua salta, blanca, alrededor del cadáver, con la gracia ligera de una fuente. A la hora del crepúsculo la matanza aumenta; el espacio ha ido tñéndose con las agonías violentas del sol, y el averío regresa a los parajes adonde acostumbra pasar la noche; son éstos los viejos árboles que, de trecho en trecho, decoran las orillas. Allí nos lleva nuestra crueldad: de pie sobre la lancha disparamos a porfía nuestras armas; en la obscuridad creciente, los pobres animales, asustados, tropiezan con las ramas y sucumben por docenas; en el fondo del bote hay un charco de sangre.

Es casi de noche cuando desembarcamos frente a la casaca de tablas donde D. Emilio González nos espera: allí cenamos sardinas y otros fiambres al resplandor doliente de tres o cuatro velas que lucen ahincadas en el cuello de otras tantas botellas vacías. El apetito es bueno, y vehementes los deseos de salir a pelear con los saurios del lago. Los riesgos de la lucha exaltan nuestro fervor combativo. En el Olomega los caimanes se cuentan por millares; es muy improbable, por tanto, que la persona que caiga en él, sobre todo si es de noche, vuelva a salir.

—Yo he visto muchos caimanes de tres metros, lo menos, de longitud—dice Max Haltmayer.

—Esos son pequeños—interrumpe Lahud—; yo he visto matar uno de cinco metros. No creo que el Niño los críe mayores.

Don Emilio González corrobora, con su indiscutible autoridad de experto cazador, las palabras del turco.

—Sí, señor—dice—; aquí, en Olomega, hay caimanes viejos de cuatro y cinco metros; verdaderas fieras...

Explican las costumbres de los temibles reptiles; algunas son interesantísimas: su afición a la carne de perro, por ejemplo. Los canes lo saben y así, cuando tratan de atravesar un río, se acercan a la orilla y prorrumpen en ladridos furiosos para atraer a los caimanes y concentrarlos allí; su ladrar dura largo rato; después se apartan de aquel lugar y se arrojan al agua. Todas estas glosas y el afán con que los boteros van preparando los arpones y cuchillos que hemos de llevar, acucian nuestros entusiasmos cinegéticos.

—¿A qué hora saldrá la luna?—preguntó D. Emilio.

—Tarde; nunca antes de las diez.

Respondiendo a una mirada mía, que era una interrogación, D. Emilio González repuso:

—A los caimanes sólo puede cazarseles en noches oscuras, pues de lo contrario la luz de carburo que el arponero lleva en la frente no tendría fuerza bastante para deslumbrarlos.

A poco, terminados ya todos los preparativos, saltamos a bordo de dos botes: son embarcaciones ligerísimas, sin quilla, como las célebres piraguas precolombianas, y, de consiguiente, muy fáciles de zozobrar. Aquella en que yo tomé pasaje la manejaban dos remeros. Stirnemann se había sentado a popa, con su rifle entre las rodillas; González iba a proa, de pie, con un arpón en la diestra y en la frente una luz de carburo. Yo, junto a él, en cuclillas, espíaba.

A nuestro lado el paisaje componía una extraña aguafuerte. Tinieblas por todas partes: negro el cielo, negra el agua, negras también—más negras aún—las orillas inciertas. Al fondo del cuadro, recordándose del espacio obscuro, el volcán de San Miguel arrojaba una enorme sombra triangular sobre la oscuridad, menos densa, del lago quieto. Las estrechas parecían no alumbrar, cual si su luz se agotase mucho antes de descender a la tierra. De cuando en cuando, a trechos, un temblor metálico mordía el espejo del lago, y nada más. Era una visión de Wagner, una sinfonía pavorosa de acero y hollín: el acero, que da la muerte; el hollín, que puede simbolizar la Nada.

Avanzábamos bordeando, porque entre los juncos la afluencia de caimanes es mayor, y a veces íbamos tan cerca de la orilla, que el fondo de la embarcación rozaba el suelo. Como el menor ruido podía espantar la pesca, nadie hablaba; el mismo González dirigía las maniobras por medio de gestos: mover el brazo derecho significaba que los boteros debían bogar hacia aquel lado, y lo contrario si el brazo que agitaba era el izquierdo. La lámpara de carburo sujeta, por medio de correas, a la frente del cazador, pintaba en la vastedad entintada un vago chorro de luz, al que acudían millares de insectos. Esta claridad divagaba rauda de un lado a otro: unas veces iluminaba los juncos verdes, entre los cuales cuchicheaba el agua; otras, las márgenes sin vegetación, blandas, fangosas, en donde los grandes reptiles gustan de tenderse; otras, la serenidad muda del lago.

De súbito, muy cerca de nosotros, a ras del agua, aparecieron dos puntos rojos, encendidos, como rubíes. Eran los ojos de un caimán que iba nadando y que, al ser sorprendido por la luz, quedó deslumbrado e inmóvil. Con nuestra ansiedad pareció aumentar nuestro silencio. Dócil a un ademán de González, la liviana embarcación cedió ligeramente hacia babor. Los dos rubíes, de una expresión antes asustada que hostil, iban aproximándose: los veíamos subir, bajar; comprendíase que flotaban. Don Emilio González levantó el arpón, sujeto por el extremo del astil a un grueso ovillo de cordel encerado; lo balanceó varias veces de arriba a abajo, para rectificar la puntería, y al fin lo clavó, con destreza admirable, en el orbeo del saurio. Al sentirse herido, el animal lanzó un grito, un «¡ay!» calofriante, perfectamente humano: un «¡ay!» que era una súplica, que era también una acusación, una imprecación, y se sumergió.

Comenzó la lucha. El caimán, en su huida, arrastraba nuestra embarcación tras sí; los boteros, que apreciaban todos sus movimientos por la mayor o menor tensión del cordel, tan pronto lo dejaban correr como procuraban sujetarlo. Este artero tira y afloja, añadido al dolor de la herida, debía de fatigarlo muy pronto. Cien minutos, transcurridos algunos minutos, conseguimos volverlo a la su-

perficie, lo enlazamos por la cola para paralizarlo, y luego por las mandíbulas y de manera que no pudiese cerrarlas. Diríase que bostezaba y sus dientes agudos blanqueaban siniestros en la palidez de las fauces. La presa resistía, haciendo oscilar violentamente la pequeña embarcación; sus ojos parpadeantes habíanse tornado verdosos y expresaban furia, angustia, terror infinito. Uno de los remeros, pasándole atrevidamente una mano por detrás de la cabeza, le hundió su cuchillo en el cuello, y como la herida no le pareciese bastante grande, empezó a ensancharla moviendo el arma de un lado a otro. Entonces el animal prorrumpió en gritos que, poco a poco, iban apagándose:

«¡Ay... ay... ay... ay!...—decía—¡ay!...»

Su último lamento, al apagarse en el infinito silencio, pareció extender un temblor de pánico por las orillas. Después se le arrancó el arpón, y el cuerpo inerte quedó tendido en el fondo del bote y nos servía de rodrigón. Un olorillo nauseabundo—olor a podrido—se desprendía de él.

La cacería continuó y al poco tiempo cobramos otra presa, más importante que la anterior; por lo mismo su captura ofreció mayores riesgos y más satisfactorio triunfo. La embarcación filaba callada, fantasmagórica, sobre el agua muerta, bajo cuya mansedumbre los reptiles, verdosos y hambrientos, nos acechaban tal vez. Los remos trabajaban sin ruido; prolongados y rápidos sacudimientos grises, de un gris metálico, reflejos de algún remotísimo claror astral, estremecían la embetunada superficie del lago; lejos, cerca, unas veces sobre el agua, otras a lo largo de la orilla, los caimanes encendían y apagaban los fieros rubíes de sus ojos; mientras don Emilio, erguido siempre sobre la proa, lanzaba a través de la noche el venabulo luminoso, semejante a un zodiaco, de su lámpara.

Alguien, que tenía frío, preguntó:

—¿Seguimos?

Su insinuación fracasó; todos, enardecidos, replicamos:

—¡Sí; sigamos!

Mucho rato la embarcación adelantaba ondulando ante la línea insegura de la orilla; González, rígido, inmóvil y con el brazo derecho en alto, parecía arreglar algo invisible. Eran las diez. De pronto, sobre una crestería lejana, apareció la luna, redonda, amarillenta, con su enfermiza lividez de oro viejo. Al principio creíase que rodaba por el lomo de un monte; después, casi sin interrupción, alzóse en el espacio taciturno, y el Olomega cubrióse instantáneamente de una triste claridad plateada. Esta claridad nos descubría, nos hacía visibles, nos inutilizaba; la pesca había terminado. En el horizonte, el volcán de San Miguel, orlado de un halo lechoso, dibujaba en el cielo un triángulo colosal.

La noche la pasamos en un islote donde Max Haltmayer ha levantado un hotel, un verdadero capricho suizo. Su dueño lo llama «el hotel del amor»... ¡él sabe por qué!

A la mañana siguiente, bañados en sol, examinamos los dos caimanes pescados la víspera; todavía alentaban. El más grande, tumbado panza arriba, con el cuello estirado y la cabeza echada hacia atrás, como si cantase, su cola semejante a los faldones de un chaquet, y un brazo doblado sobre el pecho, tenía el gesto teatral de un tenor moribundo.

Eduardo ZAMACOIS

UNA RESURRECCIÓN MILAGROSA

# EL «FÍGARO» DE CARMEN DE BURGOS

CONFIESSO que no conocía a «Figaro». Le había leído, sabía de su obra directamente y a través de comentarios; de comentarios doctos o pretendidos tales y



número de tal calle, no es saber nada; saber cómo estaban dispuestas sus habitaciones, cuál era su marco en esa casa de aquella calle, eso es ya verle moverse, no como un hombre de la literatura, sino como un hombre. Es crearlo de nuevo, y esto ha hecho «Colombine» en la hasta ahora mejor biografía que tenemos en España de un escritor español.

No es que, especialmente en lo que a «Figaro» concierne, nos hayan faltado datos hasta ahora. Pero... eran datos; unos apócrifos y otros auténticos, y todos perezosa y poco amablemente basados en los informes de los contemporáneos, esos informes que provienen de los «pues dicen que...», «pues Fulano asegura que...», de los cuales quienes menos se libran son los que mayor idea tienen de su dignidad, como le sucedía a «Figaro». Únicamente «Azorín» llegó hasta el verdadero Larra; pero, como fué más por una especie de superior clarividencia que por detenimiento en las investigaciones, su Larra, para los demás, quedaba siempre algo distante: limitado a su literatura.

Carmen de Burgos ha tenido la suerte, la inmensa suerte, de entrar en contacto con cuanto de «Figaro» existe por

da de su provincia, se fué derechita al cementerio de San Nicolás a visitar a su pasión.

Su libro no ha nacido únicamente de su fervor hacia su personaje; esto, con ser mucho, no basta en una obra de crítica, y mucho menos de reconstitución; ha nacido—¿por qué no decirlo y ufanarse de ello?—de su comprensión; pero de su *femenina*, de su *especialmente femenina* comprensión. Comprensión femenina; es decir, hecha de adivinación de los matices, los pequeños retrocesos y las pequeñas flaquezas, siempre justificados y admitidos a través del cariño. Como una mujer, como sólo le era dado a una mujer comprender el alma, femenina aún, de un adolescente, sabe contar «Colombine» aquel desengaño de Valladolid que todos sus anteriores biógrafos dieron en llamar el «punto oscuro del inexplicable» cambio de carácter de Larra. Y tiene más lejos una frase enternecedora, una frase de mujer enamorada (y ¿qué mayor enamoramiento que el de la creación artística?) que explica toda su comprensión y hasta diríamos que toda su paciencia en buscar y sacar a luz, uno tras otro, todos los rasgos de la fisonomía de su personaje. Dice así: «La obra dramática de Larra tiene más importancia por ser suya que por su propio mérito.»

ni por el deber. Yo basto solo para ser caballero)—deshacer rotundamente las calumnias que pesaron sobre «Figaro», esposo y padre.

Frente a tantos detractores—contemporáneos incapaces de elevarse hasta él y hasta quienes «Figaro» no se cuidaba de descender, o hipócritas cómodamente encubiertos con censuras hacia los que tienen el valor de sus actos—, y frente a tantos necios apologistas que han querido presentar a «Figaro» como a un cínico en demasía atacado de un morbo «mal del siglo», Carmen de Burgos ha sabido, desprendiéndola de cada uno de sus párrafos y de sus pruebas, hacer resaltar la dignidad del hombre y del escritor; esa dignidad que empezó, cuando niño, con un extraordinario respeto de sí mismo y que más tarde había de hacerle sentir, como agravios y dolores personales, los defectos que encontraba en su patria. Y poco a poco, de las páginas de «Colombine», levántase no sólo la figura de «Figaro», sino su formidable carácter de europeización que le hizo ser mágico adivinador de lo porvenir, genial profeta de nuestras más modernas ideas. Es como si él mismo, por todos los actos de su vida, nos fuese afirmando a cada línea la frase de «Azorín»: que *veía horizontes que sus contemporáneos no columbraban siquiera*. Y ahora, no sólo por sus artículos, sino por todo su modo de ser y de pensar, queremos a Larra porque es, aún hoy entre nosotros, *admirablemente aranzado*.

Y aunque—nadie seguramente lo pondrá en duda—somos lo menos patrióticos que pueda darse, guardamos gran gratitud a «Colombine» por desvanecer tan radical, tan palpablemente—así, con pruebas palpables—la necia imputación de afrancesado hecha a Larra por aquellos «majaderos que no entienden de nada y disputan de todo». Con el calor de su pasión, después de recordar a aquel don Periquito de *En este país* que sirvió a «Figaro» para satirizar a los españoles sistemáticos detractores de España, nuestra autora sabe decirnos, sin miedo ni remilgos, la «mala fe manifestada» que se necesita para afirmar que Larra no era un buen patriota.

Patriota, pero no patriotero. Patriota sobre todo, porque su extraordinaria adivinación y el extraordinario adelanto que ésta le daba sobre su época hacíanle sentir como ninguno de sus contemporáneos—¿diremos también que como ninguno de los que han venido después?—los males de que sufría España.

Y pensamos en sus hermanos, un Heine y un Musset, que, a pesar de su lirismo, o a causa de él, quizá, no alcanzaron tal intensidad en su amargura.

No es este «Figaro» de Carmen de Burgos obra que pueda llamarse de erudición; su *calor de vida* la pone a salvo de tan helado y desalmado (sin alma y sin entrañas) calificativo. Pero si bien en la lectura no se detiene uno en ello, puesto que el mismo interés de ésta, identificándonos por entero con el personaje, impide pensar en cuanto no sea él mismo, después, repasando en idea lo que hemos leído, reparamos en la erudición, en la minuciosa investigación de ciertos capítulos—el de las poesías de «Figaro», verbigracia—y en el minucioso examen que ha tamizado cada una de las aseveraciones de la autora. Y una obra formidablemente erudita que no aparece como tal, ¿no es esto lo mejor y lo más que puede esperarse de un estudio de resucitación?

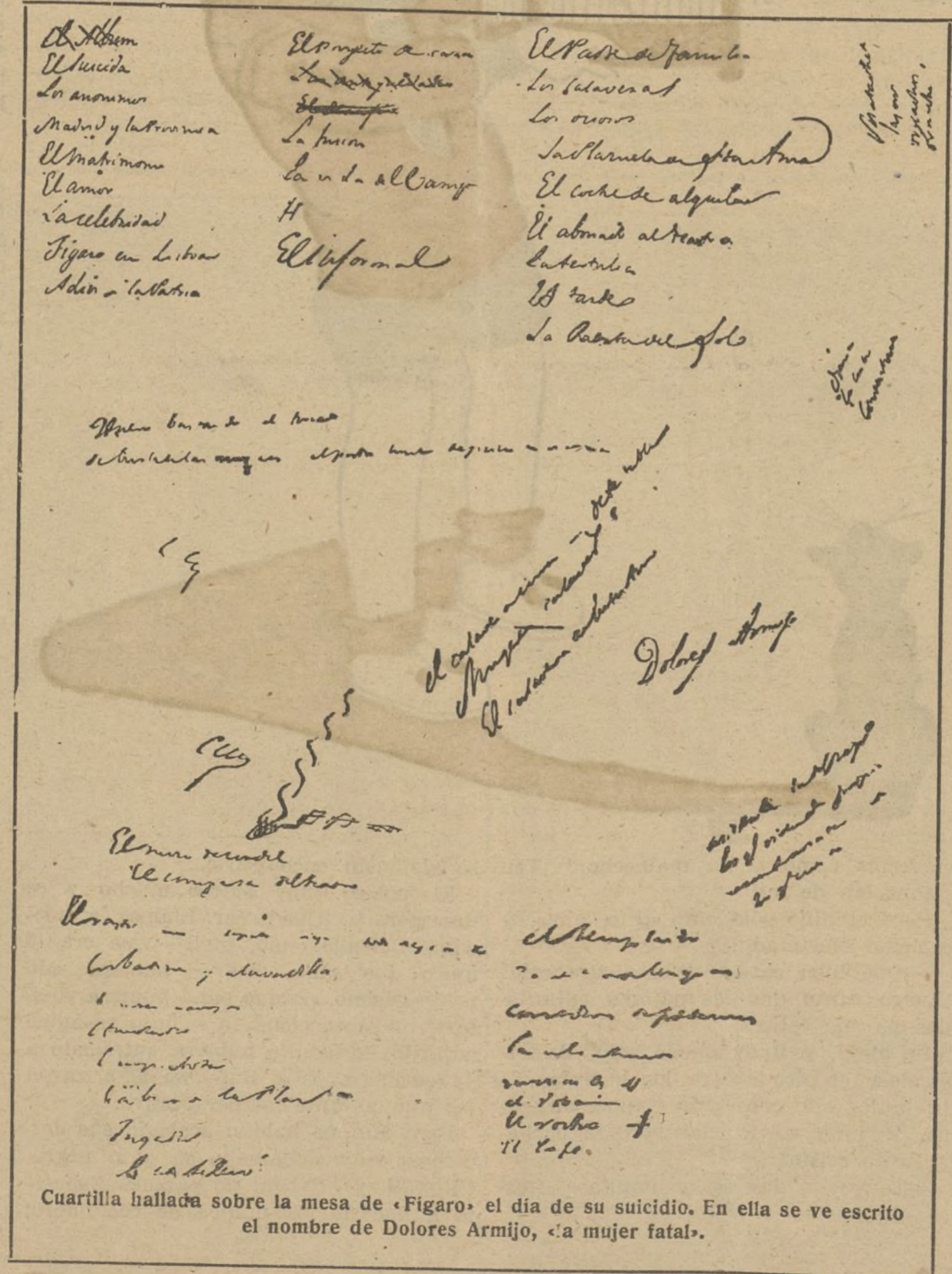
Margarita NELKEN

hasta de comentarios doctos y efusivos, como el de «Azorín». Sabía también algo de su vida, *ese algo* que siempre se llega a saber—aunque sea erróneo—de la vida de todo personaje célebre. Pero no me lo imaginaba. Y ahora le he visto vivir y le siento vivir, no como a un hombre ilustre, sino sencillamente, realmente, como a Mariano José de Larra, «Figaro».

Conservamos nuestra admiración de siempre; pero tenemos una amistad nueva, una amistad superior y exquisita; justo es, por lo tanto, que manifestemos nuestra gratitud hacia quien debemos este nuevo amigo. Y por esto van aquí, sin pretensión alguna de crítica literaria, estas líneas a la obra de Carmen de Burgos.

Nos faltan en España las biografías. Parodiando a «Figaro», podríamos decir: ¿No se escriben más biografías en España porque no se leen, o no se leen porque no se escriben? La cosa es que nos faltan. Dicese comúnmente que el interés de una obra está en esta misma obra, no en su autor. No somos de este parecer. El valor—el valor, no el interés—de una obra radica, cierto es, únicamente en esta obra, y en la opinión que ella merezca no debe entrar para nada la sujeción de su autor a las reglas morales que en uno dominan, sea este uno contemporáneo suyo o distante admirador. ¿Qué relación guardan las fábulas de La Fontaine con la vida, bien poco edificante, del genial fabulista? ¿Dejaremos de recrearnos con una orfebrería de Cellini porque Benvenuto no distinguía siempre entre lo suyo y lo de los demás, o porque creía práctico y cómodo desembarazarse *molto presto* de quienes le estorbaban? Y a nadie puede hoy dejar de parecerle ramplón el que se le reprochen a Rousseau, como crítica a sus ideas, ciertas páginas de sus «Confesiones». Mas, crítica aparte, y dejando de lado una mezquina identificación del autor con su obra, necesitamos para iluminar por completo la obra conocer al autor. De otro modo es limitarse—en grande—, si se quiere—a las lecciones escolares.

Pero este conocimiento precisase que sea muy exacto, muy estrecho y muy amplio. Saber que «Figaro» vivía en tal



Cuartilla hallada sobre la mesa de «Figaro» el día de su suicidio. En ella se ve escrito el nombre de Dolores Armijo, la mujer fatal.

el mundo: familia, recuerdos, objetos y papeles. Y ha tenido una suerte mucho mayor aún: la de acercarse a todo esto, personas y cosas, con el apasionamiento de aquella muchachita que, recién llega-

Y tiene un tacto exquisito para—haciéndonos ver cómo era aquella esposa que no supo serlo, y haciéndonos ver lo exageradamente caballero que fué Larra con ella («No quiero hacer nada a la fuerza



# BUBY SE CONVIERTE EN PAJARO

AQUEL día Buby estaba de mal humor. Se hallaba pasando el verano con papá, mamá, mademoiselle, Nema y la grufona Teopiste cerca de Madrid, en una casita con jardín.

Verano significa vacaciones, ¿verdad? y, sin embargo, *Mademoiselle* se empeñaba en darle diariamente una lección de francés; el calor tenía una influencia nefasta sobre las relaciones de Buby con la gramática francesa; tampoco el frío la tenía muy buena, por lo que *Mademoiselle* había ido a quejarse a mamá, y Buby había sido castigado sin postre. Precisamente aquel día había unas natillas que estaban como para chuparse los dedos.

Con este motivo se había enfadado con todo el mundo, y se había ido dignamente a refunfuñar a solas al jardín.

—¡Ay!—pensaba al oír cantar a un ruiseñor—. ¡Qué dichosos son los pájaros! No tienen que estudiar, nadie les castiga; son libres y vuelan donde les da la gana.

Se hallaba en este punto de sus reflexiones cuando vio ante sí a una vieja desdentada, sin comprender de dónde venía ni cómo había entrado.

—Toma—le dijo la vieja—; casca esta avellana, cómetela y quedarás convertido en lo que desees.

—Esto parece un cuento de hadas—pensó Buby.

Cogió la avellana, se la comió y dijo: —Quiero ser pájaro.

En el acto sintió que su cuerpo se reducía hasta quedarse chiquitín, chiquitín; su boca se alargó en forma de pico; plumas grises reemplazaron sus nupas; sus pies desaparecieron como por encanto; sus brazos se volvieron alas, y echó a volar.

¡Qué divertido era aquello! En un minuto llegó a un bosque que había bastante lejos de casa y se puso a revolotear alegremente por los árboles, de rama en rama; y así se le pasaba el tiempo... volando.

Al cabo de un rato sintió hambre, hambre no de carne ni de sopa, claro está, sino de moscas y lombrices, y bajó a tierra en busca de alimento; pero cuando se acercaba, las moscas echaban a volar más rápidas que él, y las lombrices se metían bajo tierra con tal destreza, que no le daban tiempo a cogerlas. Nada, no conseguía atrapar nada, y su apetito se aguzaba de un modo terrible; aquello ya no era tan divertido.

—Es muy aburrido estudiar—pensaba—; pero es bien cómodo tener una mamá que compre la comida y una cocinera que la prepare.

Acabó por encontrar una miguita de pan, caída acaso de la merienda del mismo Buby; no era mucho ni para un estómago tan diminuto como el suyo; sin embargo, sintió una alegría mayor que las que había sentido en su vida de persona ante ningún postre.

En el instante en que cogía la miguita con el pico se sintió asido por dos garras, que le parecían enormes, y comprendió que había caído prisionero entre las manos de un niño, que se lo llevó, acariciándole.

—Dios mío—pensó Buby—, ¿qué irá a hacer conmigo?

Lo que hizo el niño al llegar a su casa fué meter al pajarito en una jaula. Cuando el pobre se vió prisionero sintió una desesperación horrible, y se puso a llorar y a suplicar:

—¡Suéltame! ¡Déjame ir con mi mamá! ¿Qué mal te he hecho yo para que me

Y abrió la puerta de la jaula. Buby no vaciló, y, deslizándose entre las manos de su carcelero, salió volando.

Como ya no se atrevía a bajar a tierra, se propuso seguir volando aunque muriese de hambre y cansancio. Y, volando, fué acercándose a su casa, porque le parecía que allí, aun siendo pájaro, estaría más seguro.

De pronto vió a su padre y sintió una gran alegría. Pero, ¡horror! Papá llevaba la escopeta con la que solía salir a matar pájaros, y le apuntaba. Buby quiso huir; ya era tarde; sonó un disparo y cayó al suelo, donde quedó con el ala atravesada por un perdigón. Al caer quedó oculto entre unas hierbas, y papá

traía las uñas fuera e iba a destrozarle cruelmente. Buby sintió un terror semejante al que hubiera experimentado, siendo niño, al hallarse de pronto frente a un tigre; cerró los ojos y esperó la muerte.

Entonces oyó pasos. Volvió a abrir los ojos y vió a la vieja que le había ofrecido la avellana. El gato huyó, y la vieja le dijo con aire burlón:

—¿Qué, estás contento? Ya se ha cumplido tu deseo. ¿No me das las gracias por haberte convertido en pajarito?

—¡Ya no quiero serlo!—exclamó Buby, llorando amargamente—. Prefiero estudiar, prefiero no tener postre, prefiero cualquier cosa a ser pájaro; no estoy tranquilo en ninguna parte; tengo que buscarme la comida yo solo; todo el mundo me persigue y me hace daño, y nadie me comprende.

Y aunque sólo decía «pío, pío», la vieja—que sin duda era una bruja—le comprendió perfectamente.

—Vaya—dijo—, te devolveré tu forma natural. Toma este cañamoncito y cómetelo.

Buby cogió el cañamón y se lo comió; en el acto creció. Sus ropas de siempre reemplazaron las plumas que cubrían su cuerpo; sus alas volvieron a ser brazos, y se encontró nuevamente sentado en el banco del jardín, donde se hallaba antes de convertirse en pájaro. La vieja había desaparecido.

Buby lanzó un grito de alegría, un verdadero grito, y echó a correr hacia su casa. Refirió sus maravillosas aventuras a Nema, que se quedó con la boca abierta por el asombro y la admiración. Luego entró como un bolido en el cuarto de mamá, y se lo contó también. Pero mamá le dijo, sin sorprenderse siquiera:

—Tú has soñado, Buby. Buby protestó, indignado, y mamá añadió, dándole un beso:

—Anda, anda; déjate de tonterías y vamos a comer. Por esta vez te perdono, y si me prometes ser más aplicado en adelante, te daré postre.

Buby vió que le comprendían lo mismo que si hubiera seguido diciendo «pío, pío». Y es que las personas mayores quieren saberlo todo mejor que los niños. Pero él, bien seguro de haber sido convertido en pájaro, se encogió de hombros, irrespetuoso ante tan empeñada incredulidad.

En la mesa, con gran sorpresa de todos, Buby se negó a tomar parte en el festín de pájaros fritos, debido a la habilidad de papá como cazador.

Luego fué abrir la puerta de la jaula de su canario *Kiki*, que voló, dándole las gracias con un «pío, pío» lleno de loca alegría.

Finalmente, cogió a *Pitimí* en sus rodillas, le hizo un largo discurso acerca del respeto que merece la vida de los pajaritos; y acabó prohibiéndole, con la amenaza de las penas más severas, levantar la pata contra el más insignificante gorrión.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.



encierras como a un malhechor? ¡Ten compasión de mí!

Pero el niño sólo oía: «Pío, pío», y exclamó encantado:

—¡Qué bien canta! ¡Qué alegre está! ¡Luego dirán que los pájaros enjaulados no son felices!

Se alejó, y Buby quedó solo, destranzándose el pico contra los barrotes de la jaula, sin conseguir romper ninguno. El niño volvió, llevando un cacharrito de cristal.

—Te voy a dar agua limpiita y fresca—dijo.

se alejó sin encontrarle.

El pobre Buby sufría mucho y se desesperaba. ¿Qué hacer? Llamar la atención, diciendo «pío, pío» —que era lo único que sabía decir—, hubiera sido peligrosísimo, porque papá hubiera vuelto y, no reconociendo a su hijo en aquel pajarito herido, le hubiera entregado a la cocinera. Y a Buby se le erizaron las plumas ante tal perspectiva.

Pero aún no habían acabado sus desdichas; vió acercarse a su gato negro, *Pitimí*, y *Pitimí* no parecía dispuesto a hacerle los mínimos de costumbre;



LA MODERNA PINTURA  
EXTRANJERA

# KEES VAN DONGEN

En el último Salón parisiense de Otoño, la obra del holandés Van Dongen se ha ofrecido como la nota esencialmente individualista, y por esta vez el sentido que a individualista conviene es el que corresponde a un temperamento lleno de reflexión, pletórico de iniciativa, con definido valor y razonadas licencias. El arte, todo libertad, de Van Dongen propende a buscar la emoción por la armonía de la línea y el color, casi siempre en tono mayor, es decir, en su grado más elevado de luminosidad y sencillez.

Si, como se ha pretendido, el impresionismo no ha sido más que una teoría inventada para ser demostrada únicamente por privilegiadas retinas, justo es confesar que Van Dongen es uno de los más firmes mantenedores de tal principio, porque la expresión de cada carácter, el matiz de cada forma y la interpretación de cada volumen resueltos por este pintor funden sus contornos imprecisos en el fondo de una atmósfera luminosa, expresión de una visión justa, aspecto por otra parte y modalidad determinante de una ideología sentimental. Kees Van Dongen, como Manet, puede gozarse en la creación de un modo estético, porque, como aquél, posee una manera lo bastante original para olvidar ante las cosas la sugestión de manidos procedimientos.

Los últimos juicios dedicados a Van Dongen repútanle como un celoso de Beldini; es decir, que se le considera tan sólo cual otro perseguidor de elegancias, poseedor de una cierta adaptabilidad concordante con el gusto modistil. Tal apreciación la tenemos por injusta y por im-

procedente. Es injusta, porque pictóricamente Van Dongen es el artista de las expresiones expresivas; es decir, que existe en él la esencial, la fundamental condición de saber expresarse con el color dentro de un determinado límite de atrevimiento de entonación y libertades de diseño; y es improcedente, porque no puede decirse que sea tan sólo un pintor del gran mundo ni aun del *demi monde* lascivo y fácil, sino el narrador del momento actual y de los lugares en moda, cosa bien distinta de lo que se ha pretendido ver en él; que no hay que confundir la interpretación que los momentos y los lugares puedan sugerirle con una ciega sumisión a gustos y voluntades, casi siempre con merma y sacrificio del arte y de la personalidad.

Kees Van Dongen, a través de su recia complexión, su barbado rostro y tosco continente, guarda como preciado tesoro una inocencia y una alegría sanas y libres de prejuicios, que luego vemos repetidas en toda su obra. Sus lienzos son como una continuación directa, como la

derivación inmediata de una sensibilidad en que nunca el hombre ha reservado ni ocultado nada al pensador ni al artista. Y este desdoblamiento, esta tan completa refracción de su personalidad, la encontrais en cuanto le rodea. Su mo-

rada, pintada exteriormente de azul cobalto — ¡ah, cómo concuerda debidamente la ilusión de Van Gogh, pintando también su casita de amarillo para que fuese para todos como la casa de la luz! —, previene ya a nuestro espíritu que no quedará defraudado al recorrer estancias ornadas con telas y accesorios de gusto extraordinario, conjunto de tejidos y colores compuesto a impulso de una fuerza en que la finura de percepción y ma-

ña para combinar tonos y líneas ensambla en cada fondo, en cada mueble, un admirable tema decorativo o una relación cromática de imponderable brillantez. Misteriosa condición que sabe asociar a la gracia de las formas la exactitud de la idea, y así corresponde perfectamente a una gran profundidad de concepto.

Van Dongen no ha sido jamás el impulsivo ávido de estridencias ni el ex-

plotador de un instinto más o menos atendible, sino que se ha comportado como un gran reflexivo que ha guardado para su arte todos los respetos, todas las atenciones y todo el fervor de un convencido. Y por ello en su obra se advierte un sedimento de tradición, y por tal causa su producción se entronca pura y suavemente con los más recios clásicos. Y al llegar a este punto, bien está recordar de nuevo cómo la pintura de este artista tiene poco de superficial y su labor no es trabajo a flor de piel, correspondiente a veleidades o caprichos de vana indumentaria, que al trasponer la sutileza de la forma expuesta por el pintor llegase a una inquietud espiritual en directa cohesión con la inquietud de Theotocopulis, por quien Kees Van Dongen siente admiración y fervor de hijo amantísimo. Los últimos cuadros del artista holandés son los que más nos han convencido de esta tan acendrada pasión por el Greco; pero de entre ellos, aquel en que se exalta la ya venerable testa de ese hombre de prodigio que se llama Anatole France, se nos antoja como una taxativa declaración y un ciego seguimiento realizado con orgullo y para satisfacción de un legítimo anhelo. Van Dongen adora al cretense tanto por su portentosa habilidad para ensalzar su espíritu como por su férvido entusiasmo por España, porque también en el moderno artista arde un inextinguible culto por nuestra tierra, que conoce a fondo, y de cuya luz y carácter se ha aprovechado repetidas veces.

C. PALENCIA TUBAU



COMPOSICIÓN DE GRACIOSA MODERNIDAD, EN QUE CULMINA LA «MANERA» DE VAN DONGEN



UNO DE LOS MÁS FOMPOSOS Y DECORATIVOS LIENZOS DEL PINTOR HOLANDÉS

# IMPRESIONES DE UN LECTOR

## Kipling, el novelista novelado

LEYENDO la novela de los hermanos Tharaud *Dingley el ilustre escritor*, primorosamente traducida por Díez-Cañedo, yo pensaba: Este es un verdadero libro de guerra; pero esa palabra guerra, como manifestación de dinamia humana, tiene muchos sentidos. No hablemos de las guerras primitivas o atávicas por la rapiña, por la religión, por las dinastías. Atendiendo tan sólo al espectáculo de los conflictos contemporáneos, hemos visto que la pasión de lucha desencadenada por la gran guerra hizo chocar, por de pronto, Estados contra Estados, aun contrariamente a la homogeneidad de raza entre algunos de los elementos en lucha. Después han seguido ya diversos conflictos entre naciones, una vez relajados o rotos los vínculos que las agrupaban en Estados arbitrarios, restos del sistema patrimonial de las monarquías. Y, en fin, afirmase de cada día la agudización de otra clase de luchas, la guerra social o entre clases, en el seno mismo de las comunidades nacionales o estatales. Claro está que inversamente a estas luchas se forman alianzas y cruzamientos por los cuales los grupos que en un concepto son adversarios, en otro concepto están unidos por comunidad de intereses, y se dan la mano a través de los campamentos. Así pudo Irlanda aceptar la ayuda alemana contra la Gran Bretaña, en plena guerra; así quiere el socialismo establecer una alianza proletaria contra las guerras puramente de nación o de Estado; así tratan los Estados de coaligarse para asegurar la estabilidad de la sociedad presente, como ha sucedido en su actitud contra la Rusia de hoy.

Pero, aparte de esas formas diversas de guerra y de alianza solidaria, existe otra guerra y otra cohesión de idealidades que descubre, por un lado, curiosas identificaciones entre los más encarnizados adversarios aparentes, y, por otro lado, una solidaridad por la paz y la justicia, más allá de toda razón de Estado, patria o casta social. Si en este sentido son superiores al sentido bélico y solitarios entre sí Romain Rolland y Nicolai, Anatole France y Latzko, Wells y Leonhardi Frank, en el otro sentido pertenecen a la misma especie psicológica Kipling y los pangermanistas Barrès y Treichske, D'Annunzio y los nietzscheanos.

«Aborreciéndonos, se dice que le pesaba no haber nacido en nuestro país», dice el libro que comentamos, refiriéndose al nacionalista francés Villebois-Maureuil, que murió luchando por los boers contra Inglaterra.

*Dingley, el ilustre escritor*, es la novela ejercida sobre un novelista por otros dos. El novelista novelado es Rudyard Kipling. ¿Novelado? Más propiamente diríamos plasmado en el conflicto enorme entre su sensibilidad y su insensibilidad; entre el amor paternal y la pétrea dureza patriótica. ¿Dónde está la justificación de nuestro amor y de nuestro sentimiento, en esa ambigüedad trágica que nos precipita ante la cuna del hijito moribundo mientras teorizamos olímpicamente contra el sentimentalismo pacifista y en favor de la impiedad bárbara y fuerte? Nos esforzamos para que las lágrimas consoladoras acudan a nuestros ojos exhaustos, que han arrostrado, impávidos, tantos horrores; y esa unión es negada a nuestro dolor. Queremos suscitar en nuestra alma de poetas la elegía que suene como un beso supremo sobre los párpados infantiles, cerrados ya para el sueño supremo, y baten nuestro corazón petrificado los redobles del campamento, el estrépito

de las descargas, el alarido de la victoria impía y sangrienta.

Pero un recuerdo canta todavía el último plañido de la piedad repudiada: un generoso enemigo, en cuyo poder ha caído el héroe en plena noche, a través del páramo, al correr frenético hacia la casa conyugal donde agoniza el niño, se inclina ante la gloria del hombre ilustre, le acoge, le hace acompañar y escoltar hasta la ciudad. Y ese enemigo nobilísimo, que ha caído prisionero, va a ser fusilado; su madre implora del gran escritor la intercesión salvadora... ¿No habrá en ese azar una ocasión para que sea pagada la deuda de gentileza, para que un gesto de bondad sea depuesto a modo de corona sobre las sienes del niño que murió sin la ofrenda de una sensibilidad extinguida por el hábito de la gloria cruel? ¡No; jamás! ¡La grandeza de la metrópoli está por encima de tales debilidades! El enemigo magnánimo caerá bajo las balas del pelotón, porque sobre su magnanimidad ha de prevalecer otra magnitud, la del pecho acorazado de la matrona imperial, Britania.

Mas cuando ese joven cae acorazado, Dingley, sintiendo aquella connacionalidad espiritual de que hablábamos, superior a los odios de campamento, no puede evitar esta exclamación: «¡Ciertamente, ese boer se parecía más a los oficiales del ejército contra el cual luchaba que a los hombres incultos de su comando!»

Libro escrito con admirable sobriedad, con un gran poder de sugestión, guarda en sus páginas un aliento de epopeya. La guerra, angloboer, ya tan lejana y anacrónica, contrapuso a la más formidable máquina guerrera de la civilización un pueblo en el cual la estirpe europea se reintegraba a su originaria patriarcalidad. Algunos de aquellos episodios renovaban los arduos bélicos de los caudillos primitivos; así las antorchas atadas por Dewet a las colas de

los bueyes, como en un pasaje bíblico y en las guerras de los iberos contra los cartagineses.

¿Recordáis el entierro homérico de Cecil Rhodes, el hombre férreo que dió su nombre a un territorio, como Bolívar y Monroe? Es todo un valor de gesta épica, una de las más intensas transfiguraciones de la era victoriana. Así también ese librito está penetrado de los hálitos del campamento sudafricano. Hay en él una profunda percepción de transcendencia histórica.

Algún pasaje nos recuerda parecidas visiones de *La Debacle* y *Le Feu*: así los caballos enloquecidos y moribundos, que escapan en una última embestida para huir de la muerte.

«La existencia reducida al vivir personal o familiar—dice nuestro héroe—no vale la pena de vivirse. No adquiere grandeza real sino cuando la acrecienta el orgullo de contribuir a la vida de un conjunto vigoroso, nación, raza o imperio. Salirse de sí, olvidar el mundo pequeño que uno es para sí, humillarse y crecer al mismo tiempo en una empresa que aventaja, exaltándolas, a las fuerzas del individuo, en esto estriba el secreto de la felicidad.» Pero yo me pregunto con qué derecho ese sacrificio del individuo al fin nacional o imperial puede ser inferior al sacrificio del fin individual y nacional al fin humano, y por qué razones el organismo concéntrico intermedio, que es la nación, puede prevalecer contra el círculo máximo, que es la humanidad; lo tal vez, más exactamente, que es la libertad. ¿No fué ese el instinto que inspiró a la señora de Dingley al oponer a las idealizaciones autocráticas de su marido las estrofas ardientes en que Shelley glorifica la rebeldía de todos los corazones altivos cantando la emancipación de América?

¡Oh, el afán de excitar por la insensibilidad la sensibilidad estragada de los poetas! ¡El afán de vivir el minuto virgen que no ha sido nunca vivido por nadie! Para que luego se tenga que exclamar, más estragado todavía: «¿De todo se cansa uno, hasta del espectáculo del dolor!»

Gabriel ALOMAR

## LA TIRANÍA DEL MÁS VIEJO

### (Figuras de símbolo)

HABÍA dejado de verlo hacía ya algún tiempo, porque aquel hombre era intratable. Quería ser el primero en todo y que su opinión prevaleciese en todo caso sobre la de los demás. Ya se trataba de decidir una jugada dudosa cuando aventuraba algunas monedas al tresillo, ya se trataba de escoger el camino para dar un paseo, siempre había de triunfar su parecer, y el bastón de cañalada en que apoyaba su vejez y que en esas ocasiones enarbolaba, había de ser respetado como un caduceo antiguo. A todos sus amigos imponía su voluntad y no toleraba la menor disidencia. Tratábalos como a su mujer, como a sus hijos y dependientes, con un despotismo paternal. Y lo más indignante era que aquel despotismo no vacilaba nunca; estaba lleno de autoridad, como si lo legitimase alguna razón indiscutible, un innato don de mandar. ¿Era que el hecho de haberse elevado de la pobreza a la riqueza más que opulenta, le confería el derecho de mandar sobre cuantos le rodeaban, como si el mundo hubiese de regirse por su acierto? Sí; una seguridad extraña, una seguridad absoluta de ser obedecido había en su voz, y lo notable era que esa seguridad nunca se veía de

fraudada. Sólo una vez encontró el autoritario personaje quien resistiese a sus indicaciones. Fué el discolo un amigo soltero, mucho más joven que él, de una gran soberbia quisquillosa. Negábase a obedecerle dócilmente como hacían los demás, no porque le doliese en el fondo complacerle, sino porque le hería el tono de seguridad con que el otro le conminaba.—Ya no ha de beber usted más—le decía en el colmado—, o: Ahora se va usted derecho a casa. ¡Cuidado con trasnocharse!—al salir ya tarde, en la hora peligrosa de la noche. Y el amigo más joven se resistía y negábase a complacerle por pura soberbia, indignado de ver que el otro le hablaba como si tuviese en su poder su voluntad. Y pensaba: ¿Pero en qué se funda este hombre para hablar así? ¿Acaso tiene alguna superioridad sobre nosotros para mandarnos de esa hechura? Y por el deseo de afirmar su voluntad, oponiase siempre a lo que decía, y hacía precisamente lo contrario de lo que le indicaba. Pero si eludía de este modo su despotismo, no podía eludir su ascendiente; porque el viejo encontraba siempre medio de demostrarle su superioridad, haciéndole observaciones en un tono paternal y de reprensión

benévola, que le enfurecían sobremanera. —¡Está usted más delgado!—solía decirle el viejo, afectuosamente, sin mostrarse rencoroso por sus desaires—. Debe usted cuidarse.

Y el joven, al contemplar aquel semblante de viejo, impasible y siempre igual, en el que no parecían hacer ya mella el tiempo ni el morbo, sentía que aquel hombre era superior a él, y esto le llenaba todavía más de ira. Y para eludir en absoluto su ascendiente, dejó de frecuentarle en aquella reunión en donde todas las noches lo veía con sus amigos.

Pero, ¡cosa rara! Aunque dejara de verle, parecía más sujeto ahora que nunca a su ascendiente. Echaba de menos con otros amigos menos superiores el tono de altura paternal con que el exigente le hablara, la caricia que para él eran aquellas palabras de: «¡Está usted más delgado! ¡Cuidese!» Y hasta aquella violencia con que pretendía dominarle pareciale ahora un halago al celiibe, que, viviendo entre extraños, no escuchaba de nadie palabras semejantes, sino que era tratado de todos con un respeto frío; y su vida, privada de aquellas amonestaciones seniles, se consumía en la disipación. Comprendía ahora en la ausencia; creía comprender en lo que consistía el misterioso ascendiente de aquel hombre. Pensaba: ese ascendiente se debe a su vejez. Es tan viejo, que a su lado todos parecen jóvenes, y por eso le acatan, halagados por ese despotismo que les recuerda el antiguo del padre. Sí, eso es; parece que tiene hecho un pacto con Cronos, y por eso se impone a los hijos del Tiempo. Sí; esta es la causa de su fascinación sobre los demás. Pero claro que es bochornoso confesar eso; y por esa razón, yo nunca le rendiré acatamiento, y prefiero estar toda la vida privado de esa tertulia, que, en realidad, me era grata, a tributarle pletesía a ese hombre.

Y así, cada vez que sentía veleidades de volver a la reunión, el quisquilloso se abstenía y dominaba su impulso. Y aunque más de una vez sus pasos le llevaron hasta las inmediaciones del lugar, nunca se atrevió a consumir el itinerario. ¡Hubiera sido una vergüenza confesar su derrota!

Pero rondaba, rondaba por allí con disimulo, como si cortejase un balcón o una ventana. Atraíale el viejo con una fuerza que a él mismo le enojaba, pero que no era menos cierta. Sentía deseos de verle, aunque fuese de lejos, comprobar si todavía seguía ejerciendo influjo sobre sus amigos, si éstos le permanecían fieles no obstante su despotismo. Pero siempre concluía por alejarse del lugar, pensando: «No, no volveré; parecería que sentía yo la atracción de su fortuna en los negocios, que rendía pletesía al éxito, como esos amigos que hacen la corte, inclinándose, sin duda, en realidad ante su caja. No, no volveré; que trate con ese despotismo a sus hijos y a sus dependientes. Pero a mí, no...»

Mas una noche, como perseveraba en el resabio de la antigua costumbre y del antiguo itinerario, al subir en un tranvía divisó al viejo, que montaba también en el vehículo. Despedíanle sus amigos de siempre, tendiendo hacia él las manos, como si con él se les fuese una edad larga. El viejo tomó asiento dentro, entre esos pasajeros de salud delicada que evitan las plataformas. Al punto sintió el joven la atracción ineludible, el impulso de lanzarse a saludarle. Pero se contuvo, evitando el bochorno de una derrota demasiado fácil. Y fríamente, desde el soslayo, púsose a contemplar al viejo, como para contrastar el secreto de aquel influjo que ejercía sobre todos. Iba el viejo sentado tranquilamente, con las manos apoyadas sobre el báculo, y contemplaba a los demás pasajeros con una

mirada tan serena y fija como la de las estatuas. No podía imaginarse nada más placido y firme que la figura del viejo sentado. Parecía poseer el secreto de todas las vidas y todos los destinos, y sus ojos se posaban en todos, paternales y placidos, mientras sin prisa alguna espiaba el instante de apearse, llegado el vehículo a la esquina de su calle. Y el amigo rebelde sintió la fascinación de aquella mirada, como si fuese la del tiempo mismo; y entonces pensó más claramente que nunca. El lo domina todo, porque es ya como el tiempo: ha penetrado todos los secretos de la vida, se ha casado, ha conocido la miseria y la esplendidez, tiene hijos y nietos; y ahora es como el tiempo mismo, y por eso manda inapelable sobre todos. ¿Qué soy yo, verdaderamente, a su lado, yo que soy tan joven en comparación de sus años; qué somos todos ante sus pupilas? Y de nuevo sintió el afán de que le mirasen aquellas pupilas paternales que le rejuvenecían, de bañarse en el agua opaca de aquellas pupilas, el anhelo de sentirse saludado, filial, por aquella voz imperiosa de abuelo.

Paró el tranvía; y el viejo, lentamente, seguro de llegar a tiempo, seguro de alcanzarlo todo en la vida, puesto que ya sólo le restaba morir y ninguno de los peligros que amenazan a una existencia joven podía herirle, se apeó del vehículo. Un instante tuvo que detenerse para dejar paso a un matrimonio joven que llevaba un niño chiquito. Y el matrimonio y el niño pasaron ante él, y se inscribieron un momento en opaca silueta como en la pizarra misma del tiempo, y los padres y el niño parecieron hijos de aquel hombre tan viejo. Cuando hubieron pasado, apeóse él, y con una seguridad admirable posó el pie en tierra y se alejó por la calle en sombra, coronada por los reverberos como por un

nimbo inesperado. Y entonces el joven, sintiendo extrañamente de pronto su soledad, como si con el viejo se le fuese la única ocasión de sentirse filial en la vida, apeóse también y echó a correr detrás del anciano y se acercó a él de pronto en la calle oscura, como un malhechor. Iba ya el viejo a entrar en su casa; pero se volvió sin dar muestras de ningún sobresalto. Y sin expresar tampoco asombro alguno, saludó al amigo. —¡Hola, hombre! ¿Era usted?—Sí; yo soy —balbució el otro sin saber qué añadir, sintiéndose halagado ya por sólo aquel saludo, pronto a complacerle en cuanto le mandase—. El viejo le miró fijamente, y con su tono imperativo, pero natural, le dijo:—Está usted más delgado. ¡Cuidese!—¡Sí, sí; muchas gracias!—respondió el otro—. Ahora debe usted irse a casa, que está la noche fría, y mañana irá usted por allí... ¡Adiós!—Ordenaba como siempre; pero hablaba con la

autoridad impersonal de los calendarios y los termómetros. Y el rebelde, en vez de molestarse esta vez, percibiendo una caricia y un mimo en aquella voz senil que sonaba imperativa, pero cariñosa, respondió agradecido:—Sí; seguramente, hasta mañana!—Y mientras el viejo entraba en la casa, él, en la calle fría, saltaba de júbilo, del júbilo de haber recordado ante la mirada del viejo su edad juvenil y su condición filial. Porque acababa de comprender que el viejo hablaba así porque el tiempo le hacía ya como padre de todos.

R. CANSINOS-ASSENS

## LECTURAS

En la novela, en el teatro, en el periodismo, López Pinillos (Parmeno) ha logrado triunfos resonantes, y acaso los

obtenidos como periodista, por la misteriosa sugestión que la hoja impresa ejerce sobre todos, sean los que mayor satisfacción le hayan producido.

Queremos creerlo así ante el libro que acaba de publicar, «Los favoritos de la multitud. Cómo se conquista la notoriedad», cuyas páginas salvan de las injurias del tiempo los admirables artículos periodísticos que «Parmeno» escribió consignando las impresiones logradas con sus visitas a los Sres. Lerroux, Weyler, Romanones, Dato, Francos Rodríguez, Valle-Inclán, Borrás, Morán, Thuillier, Arniches, Muñoz Seca, Vives y Serrano; y a «las tiranas del público» Catalina Bárcena, Leocadia Alba, Antonia Plana y Margarita Xirgu, y las «confesiones» que le hicieron estas personalidades de la política, de las letras y de la escena.

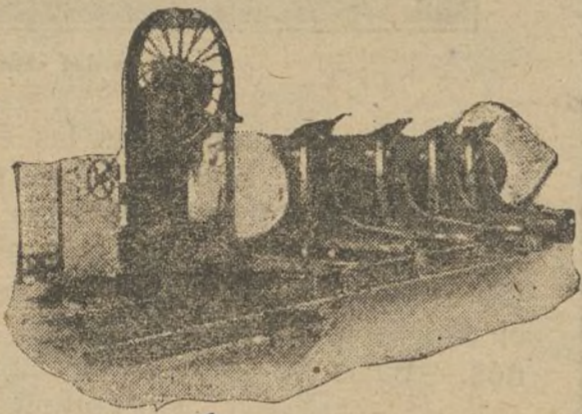
La prosa clara y limpia de López Pinillos lleva en esta ocasión a las páginas del libro el aroma de la espontaneidad y el frescor de los trabajos periodísticos, avalorándolo, haciéndolo sencillamente ambicionable.

Los últimos tomos de la Colección Universal son los siguientes: *Viaje por España*, de Gautier; *El viudo Lavel*, de Thackeray; *La rosa amarilla*, de Jokai; *Las tinieblas y Otros cuentos*, de Andriew; y *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde.

La Editorial Hispania ha puesto a la venta el tomo XI de las obras completas de Linares Rivas, que contiene *La garra* y *La espuma del champagne*.

Otras publicaciones:  
*La ruta de la vida*, prosas, por Francisco Carmona Nenciales.  
*Cancionero de amor*, poesías, por R. Buendía Abreu.

## ATELIERS DE CONSTRUCTION CH. DANCKAERT BRUXELLES-MIDI



Especialidad en maquinaria para trabajar madera.—Sierras con gálera automática.—Sierras de cinta de mesa.—Sierras circulares, sencillas y con carro.—Sierras alternativas, verticales y horizontales. Planeadoras con ejes cilíndricos de seguridad.—Máquinas de sacar a grueso las maderas.—Máquinas combinadas de planear y sacar a grueso.—Barrenadoras con escoplo, horizontales y verticales.—Machibradoras de tres, cuatro, cinco y seis ejes.—Tupis con mesa de báscula.

Representante exclusivo para España:

F. ORTEGA, AVE MARIA, 50. MADRID

Proyectos y presupuestos gratis.

## Astilleros del Mediterráneo (S. A.)

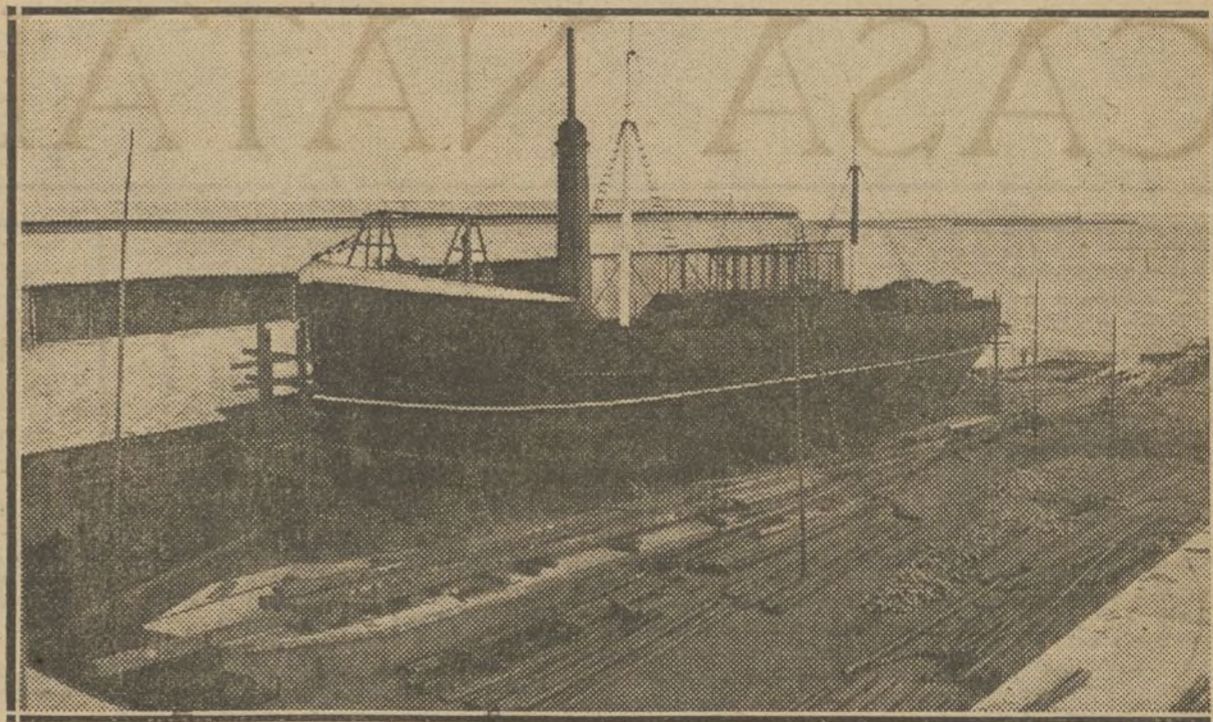
II

En nuestro último artículo hablando de estos Astilleros, prometimos a nuestros lectores ocuparnos, en narraciones sucesivas, de la reparación y construcción de buques en España llevadas a cabo en los importantes talleres que, en la carretera de Casa Antúnez y en el Muelle Nuevo del puerto de Barcelona, poseen los Astilleros del Mediterráneo (S. A.).

Nos ocupamos en el número de hoy del primer trabajo de reparación llevado a cabo desde que figura la Dirección a cargo de la razón social inglesa de los Sres. J. I. Thornycroft, realizado en el vapor «Olesa», del que publicamos dos fotografías.

Esta embarcación fué proyectada en un principio como gabarra, montándose una hélice y máquina auxiliar con el propósito de desarrollar poca velocidad; pero la nueva Dirección de los Astilleros cambió la hélice, poniéndola de mayores dimensiones, con lo que se logró obtener mayor velocidad y economía llevando las mismas máquinas.

Para realizar este trabajo fué necesario cortar el codaste y añadirle un trozo de acero forjado, tal como se advierte en la fotografía. Era sumamente difícil la operación por encontrarse el barco perfectamente terminado, y para llevarla a cabo fué preciso descoser parte de las costuras, con lo que se consiguió ejecutar el ajuste de un escanpe entre el codaste primitivo y la nueva pieza, dejando la hembra inferior de la cla-



vija del timón en el codaste primitivo, con el fin de no separarse de la línea de centro de las demás clavijas.

Las dos pruebas oficiales de máquinas en alta mar con las hélices primitiva y nueva del vapor «Olesa» fueron hechas en julio y noviembre últimos, respectivamente, con un resultado sorprendente en favor de la realizada con la hélice después de la reparación, como se deduce de las notas facilitadas por el capitán inspector de la Compañía y capitán y maquinista de dicho buque, que copiamos a continuación:

### Con la hélice primitiva.

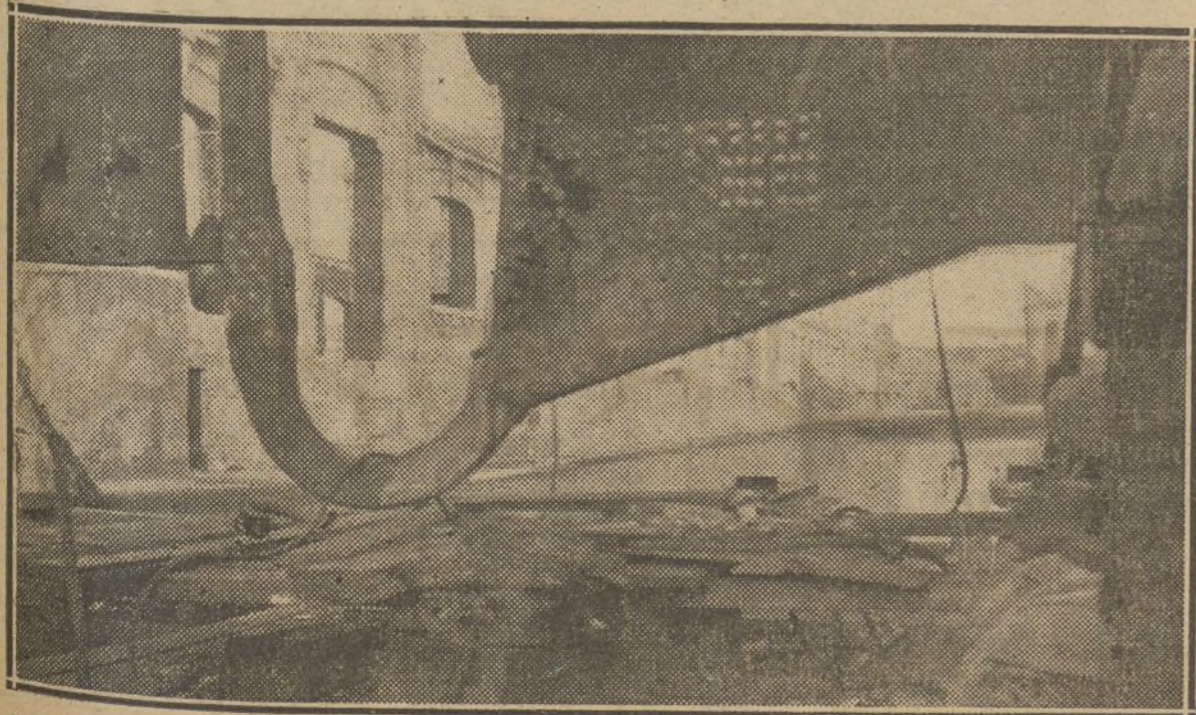
Diámetro, 5'-7 1/2; paso, 7'-2 3/4; superficie, 16-7 pies cuadrados.	
Distancia de Barcelona a Bilbao ... ..	1.375 nudos.
Recorrido del buque al día ... ..	125 »
Andar del buque ... ..	5,2 »
Número total de días con presión en las calderas ... ..	11 días.
Consumo de carbón ... ..	77 toneladas.

### Con la hélice nueva.

Diámetro, 9'-8 7/8; paso, 7'-10 1/2; superficie, 29-3 pies cuadrados.	
Distancia de Barcelona a Bilbao ... ..	206 nudos.
Recorrido del buque al día ... ..	8,6 »
Andar del buque ... ..	6,70 días.
Número total de días con presión en las calderas ... ..	6,70 días.
Consumo de carbón ... ..	56,9 toneladas.

Como se deduce del estado comparativo, la reparación llevada a cabo en el vapor «Olesa» permite a la Compañía, además de menos días de navegación del barco, por la demasía de velocidad adquirida, una economía de carbón en el viaje redondo de 49,2 toneladas, que en metálico (a 200 pesetas tonelada) resulta un beneficio de 8.040 pesetas.

Esta reparación demuestra claramente la importancia que han dado los Astilleros del Mediterráneo al puerto de Barcelona, en el que se pueden construir y reparar toda clase de embarcaciones.



# CALLOS

Si sufre usted de los pies  
es porque quiere. Compre  
hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-  
ted libre de callos y du-  
rezas, juanetes y ojos de  
gallo. Pruébalo y quedará  
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

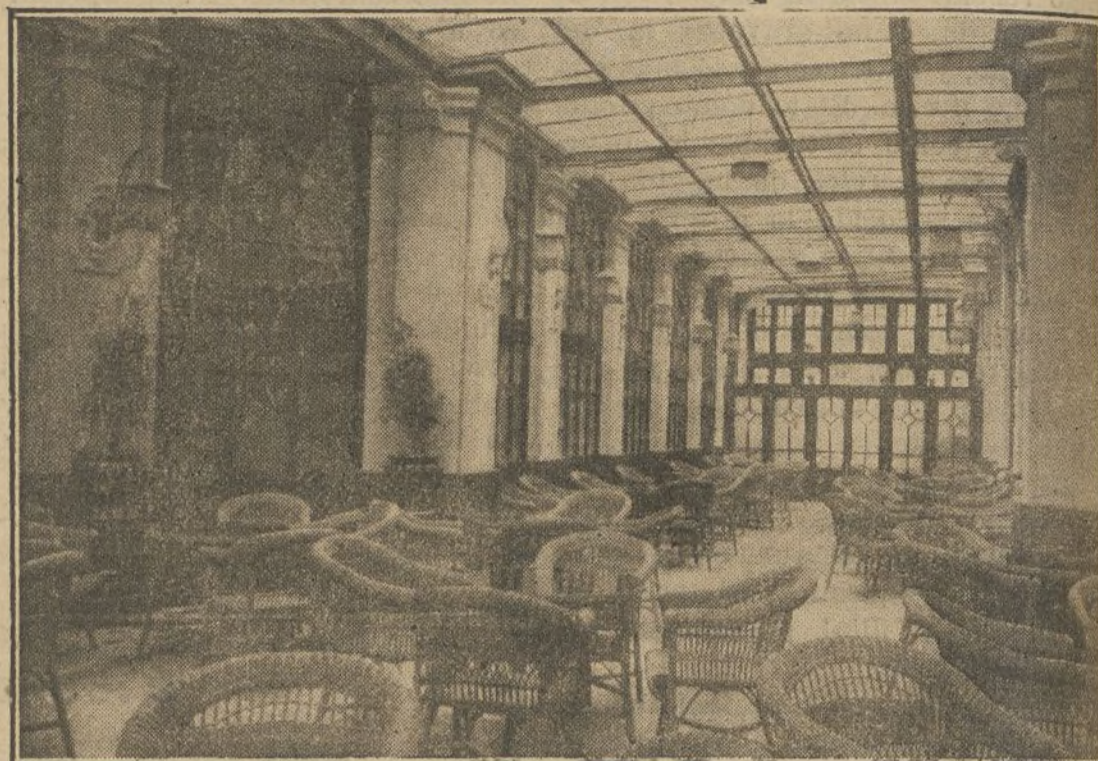
FARMACIA PUERTO  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



# GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista del «Hall» del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y  
comfort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los  
primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en  
el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurba-  
nos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servi-  
cio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

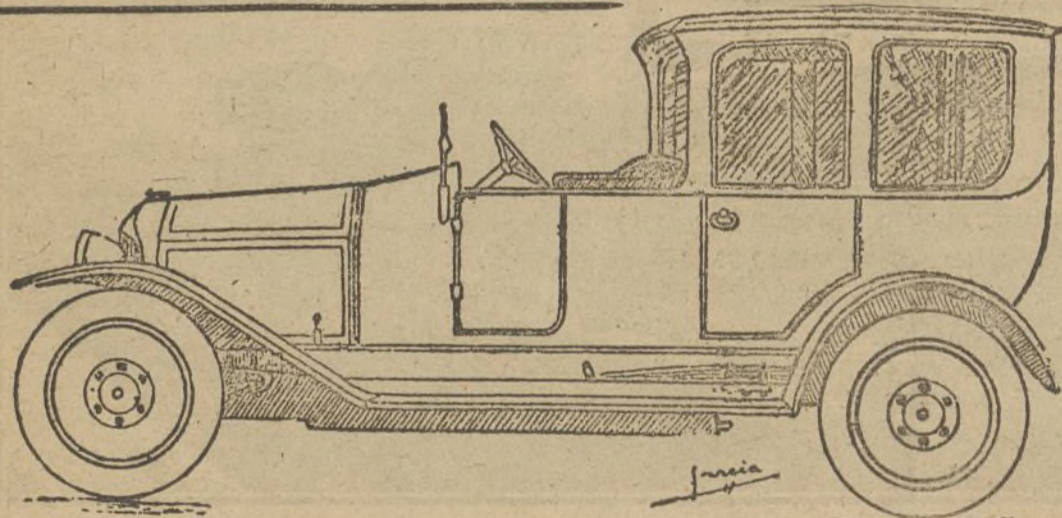
DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

# CASA NATALIO

La primera en impermeables ingleses de  
todas clases, sastrería y camisería fina.

= OVIEDO =



Antes de adquirir un coche le interesa a  
usted conocer las inmejorables cualidades  
de los

**AUTOMÓVILES D. F. P.**

**LAINÉZ-GARCÍA Y COMPAÑÍA**

= LUCHANA, 12 =

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

## J. SEGURA

Teléfono M. 4.152. FOTOGRAFO 4, Puerta del Sol, 4.



## AGENTES

para seguros marítimos, incendios, acci-  
dentes y enfermedades desea en las pla-  
zas importantes LA HISPANA, S. A. de  
Seguros, ALCALÁ, 47, Madrid.

::: La cual ha hecho el depósito de 200.000 pesetas. :::

## AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

# ¡EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11